

Ma. de Lourdes Ortiz Sánchez. *Ecos*. Editorial Agramante, 2024, 65 pp.

Salvador Vera Ponce

Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas, México

salvera@uaz.edu.mx

ORCID: 0000-0001-7393-331x

Quien incursiona en la poesía se mueve entre la realidad y la ficción; sin embargo, a menudo se prefiere la segunda porque parece ofrecer mucho ante el vacío de la existencia. Más bien, lo ficticio se hace real en cuanto se le recibe con agrado en la esfera personal, para que pueda ocupar una especie de nicho iluminado. Mientras tanto, la naturaleza se yergue con orgullo, porque es una melodía que suele ser escuchada con un espíritu poético que conduce hacia la creación, la paz interior, el encuentro con el otro y la anhelada felicidad; en ese caso, el resultado es un conjunto de poemas pletóricos de amor hacia un ser hipotético que puede ser humano o divino.

El título del poemario de la poetisa Lourdes Ortiz, la *Ninfa Mexicana: Ecos* (2024), es muy sugestivo, porque cada uno de los poemas que lo integran es eco de un amor que se bulle en lo más hondo de su corazón y se extiende esperanzador más allá del horizonte, donde tal vez su ímpetu amoroso pueda ser recibido felizmente por la persona amada. Es un canto a la naturaleza mineral, vegetal, animal; sobre todo, se orienta hacia el ser humano y su misterio, lo que permite también pensar en Dios fuente de vida, de amor y de esperanza. Las realidades que se crean en tales poemas a partir de lo ficcional, sugieren estados de arrobó, cierto éxtasis o embriaguez, capaces de enriquecer al mundo con algo de lo que antes carecía.

El poemario *Ecos* (2024) se origina a partir de las vivencias personales más profundas de la autora, en un mundo cargado de mentira, envidia, orgullo, discriminación, violencia, desigualdad, opresión, injusticia social, odio, etcétera. Ortiz escribió el libro *Los personajes femeninos en los cuentos de Amparo Dávila. Un enfoque interdisciplinario* (2016), lo cual es muy significativo en cuanto a sus preferencias poéticas, ya que Dávila se caracteriza por lo ficcional y lo fantástico; y así le propicia la reflexión sobre la dignidad de la mujer y sus padecimientos en una

sociedad violenta. Le atrae de manera especial el cuento “La señorita Julia”, en el que Julia es la protagonista que padece toda clase de acoso de sus compañeros y compañeras de trabajo, quienes la critican y acusan de inmoral si de mañana llega pálida a la oficina mientras que, en realidad, no puede dormir de noche porque escucha ruidos en su casa.

La preferencia de Ortiz por la narración de la escritora Amparo Dávila, revela su sensibilidad ante los padecimientos de tantas mujeres que sufren acoso y violencia; y al escribir sus poemas la ha tenido, sin duda, muy presente en su memoria. Hoy se vive en modelos de sociedad en donde no solo se ofrecen pocas oportunidades de superación y de trabajo a las mujeres, sino que a muchas de ellas se les discrimina. Día con día padecen toda clase de ataques desde juicios temerarios, acoso, chismes, hasta violencia física tanto de otras mujeres como de varones. Por lo tanto, al haber cierta empatía entre Ortiz y Dávila, de alguna forma sus experiencias dan lugar a obras literarias que reflejan los padecimientos de las mujeres en la sociedad mexicana.

Otra obra de Ortiz Sánchez es *Sino y adversidad sociocultural en la figura femenina de los siglos XIX y XX. Exégesis de la narrativa hispanoamericana* (2024). Es una serie de ensayos sobre la forma en que aparecen algunos tipos de mujeres en la narrativa hispanoamericana, sobre todo la mujer caída en desgracia, la prostituta, la bruja, la violentada y la *femme fatal*. El contenido de este libro también da la pauta para que el poemario *Ecos* (2024) sea mejor comprendido, pues permite apreciar los aspectos que más le interesan a su autora, tanto al escribir ensayos como al componer sus poemas. Está claro que a partir de sus estudios de la narrativa hispanoamericana y de sus escritos poéticos, muestra una realidad lacerante en la que muchas mujeres sobreviven contra toda clase de obstáculos.

El docente, escritor, gestor cultural y divulgador literario hispanoamericano Krzyszto Dyosz Daddho (2024), al presentar el poemario, afirma:

Este libro es una exploración y/o expresión poética del amor en todas sus manifestaciones entre las cuales destacan: la fugacidad de los encuentros, la intensidad de los sentimientos, la lucha interna ante la adversidad, y la aceptación final del olvido. A través de sus versos, la poeta nos guía por un viaje íntimo y reflexivo, utilizando un lenguaje evocador y una riqueza de imágenes que resuenan con la universalidad de la experiencia humana bien vivida (p. 5).

En efecto, la poeta expresa el amor, pero también los obstáculos que se tienen que sortear en la sociedad de hoy, en la cual parece que el amor verdadero no se conoce, o no se toma en serio, o es atacado. La sociedad contemporánea se caracteriza por ser violenta y suicida, las culturas no lo son de la vida sino todo lo contrario. El hombre actual trata de acabar con la naturaleza y con Dios, para procurarse enseguida la propia muerte.

Ortiz escribe poemas cargados de amor en un mundo hostil en el que, además, domina una idea parcial sobre lo que es el ser humano, o sea, la tendencia es a tratarlo como si fuera sólo cuerpo, materia, realidad física. Según Erich Fromm (1998): “El hombre moderno esperaba llegar a ser un individuo, cuando en realidad ha llegado a ser un átomo zarandeado y temeroso” (p. 24). En tiempos pretéritos se ha debatido sobre la calidad humana, pues era necesario determinar si el hombre es individuo o persona. En efecto, durante el siglo XIX se dio un gran debate entre los papas y los modernos, estos afirmaban que el hombre es individuo, mientras que los primeros sostenían que es personalidad e individualidad a la vez. La pugna se definió con la declaración conciliar *Dignitatis humanae* (1965), sobre la libertad religiosa, en la que la libertad humana fue fundamentada en la Revelación, y no en la defensa de los derechos humanos que surgió de la Revolución francesa; se reconoció que el hombre es a la vez individuo y persona, no puede ser solo lo primero, porque la materia es el principio de individuación, y se llegaría a considerar a los hombres y las mujeres como cuerpos sin espíritu; sobre todo, dominaría “una libertad entendida como exención de los deberes (morales) de los hombres para con los reyes y sacerdotes” (Pozo, 2007, p. 100). En otras palabras, no se respetaría a ninguna autoridad. En ese caso, se trataría de una libertad parcial que se desmoronaría ante la fuerza de las ideologías. Se podría pensar que ese debate ya pasó, pero hoy se vive en sociedades hedonistas que dan más importancia al cuerpo humano que al espíritu.

En este contexto, Ortiz, en sus poemas, ofrece elementos que pueden ayudar al lector hacia una mejor comprensión de lo que es el hombre, ya que las suyas son expresiones profundas en las que el amor se manifiesta como una virtud humana integral, o sea, a partir de la corporalidad y la espiritualidad, sin negar ninguna de estas dimensiones fundamentales del hombre. Por lo tanto, muestra un amor ligado a la libertad, pues da a entender que en la medida que la persona ama, se realiza como ser libre a pesar de la fuerza de las propagandas ideológicas.

Por su parte, el poeta Edgardo Alarcón Romero (2024), dice:

En la barca se aprecia la silueta de una mujer valiente y decidida, pienso que hasta Homero habría temblado de emoción. ¿Quién no estaría deseoso de iniciar un nuevo viaje?, y ver cómo la tormenta que parecía imposible de vencer, se disgrega en la lejanía, y nacen nuevas palabras y vuelan, y vemos estrellas en la profundidad del cielo, que percibíamos solas y heridas, que alumbran la noche, y un eco y otro eco, la llama del amor y las lágrimas del olvido, las sábanas azules de los encuentros imaginarios, o los besos que realmente encendieron el fuego prohibido, nos sirven para enmendar las velas rotas (p. 58).

Como poeta, Alarcón compara toda experiencia de amor con un viaje en el que se naufraga, pero que después se emprende una nueva aventura por una ruta diferente, con lo que muestra cómo, amor, esperanza y novedad, son elementos inseparables. De esta forma, sus palabras son una gran motivación para el potencial lector del poemario *Ecos* (2024), quien podrá captar mejor su contenido, al hacer su lectura desde un enfoque antropológico y al encontrar una empatía con la autora, quien mediante sus poemas abre posibilidades para nuevos viajes, búsquedas, encuentros esperanzados.

El poemario *Ecos* (2024) contiene cuarenta poemas, que se pueden organizar en cuatro partes de diez poemas cada una, con los siguientes temas: primera parte: “Amor y tiempo”; segunda: “Amor que no se olvida”; tercera: “La esperanza a toda prueba”; cuarta: “Anhelo profundo y amor comunicante”. A continuación, se comentan algunos de dichos poemas, para poner de manifiesto, aunque sea un poco de su enorme profundidad y riqueza.

En la primera parte, “Amor y tiempo”, se lee el poema 5, en el que “el rayo de sol que se asoma”, es la persona amada, la cual puede ser humana, divina, imaginada, soñada, pero lo importante es que “sea”. Se percibe como alguien efímero, que es sólo un instante, pero en ese momento lleno de gracia ilumina y calienta. Se le califica de “Irreverente” para decir que ha tomado la iniciativa de asomarse. La frase “La cortina que corre y muestra el ojo desnudo”, indica que diferentes ámbitos se unen, el de él y el de ella, quien está dispuesta a la contemplación y se abre a la promesa. El aspecto pasional se revela en “La piel que hierve de curiosidad”. Se percibe una presencia que propicia la alegría de vivir, porque se viven las horas del día con intensidad inusitada.

En este poema se aprecia una estructura que da sentido al todo, pues hay términos como “ERES”, “cortina”, “presencia”, “sonrisa”, “primavera”, “hermano de París”, “héroe”, “Arcano”, “albor”, “guía”, etc., los cuales tienen especial significado en

relación con conceptos como “Irreverente”, “muestra el ojo desnudo”, “La piel que hierve”, “desata el sueño”, “vuelo de ave”, “interminable risa”, “escruta el otoño”, “trazó la ruta de la vida”, “arranca la tristeza”, “afina la felicidad”, “dulcifica los amaneceres”. En efecto, el amado puede ser un hombre o Dios, pero lo importante es que existe y está presente, aunque sea de forma imaginaria. Además, su presencia opera un cambio hacia la vida, la alegría, la libertad, la luz que ilumina el camino, la felicidad. Dura solo un momento, pero eso es suficiente para la que es capaz de amar de verdad y de crecer en la libertad.

En la segunda parte, “Amor que no se olvida”, sobresale el poema 13, en el que el ser amado parece desmoronarse, pero eso no es el fin del amor. El interrogante que subyace es sobre si se puede creer en el amor humano. En general y desde el enfoque cristiano, se dice que el mundo no conoce de por sí el amor porque este es un don divino, lo que hace ver que el misterio redentor de Cristo tiene sentido, ya que el ser humano necesita amar, ser libre y feliz, en último término ser salvo. En efecto, el poema comienza con la palabra “CREO”, pero referida al olvido que ha propiciado la persona que se ama.

La estructura del poema gira en torno a tres respuestas de fe irónica ante un interrogante imaginario o ficticio: “CREO en tu olvido”, “Creo infinitamente en tu fingido ensueño”, “Creo en un ser de cristal multiplicado en mil”. En el fondo está la convicción de que no se puede creer en el hombre, ya que es ser frágil y quebradizo. De forma inefable queda la posibilidad de creer en Dios, si es que hay que creer en alguien. Nótese que no se dice que se cree en la persona amada, sino en el olvido, porque es lo único que queda cuando la reconciliación no es posible. Lo opuesto a la forma humana de amar es el amor divino, pues Dios ama al pecador sin esperar a que sea bueno, solo lo busca para redimirlo por Cristo. Aquí se trata, pues, de un amor que tiene algo de divino, porque se ama todavía a quien no ha respondido como se esperaba.

Al acto del irónico creer, que aparece en el poema en tres pasos, corresponden los versos que pueden caracterizarse como los que expresan las consecuencias del olvido: ella que cree en el olvido, dice “No soy una efigie”, “No resguardas mi voz”, “Y no camino más por tus sueños”, “Me ocultaste en el baúl más vetusto”, “Me oculto en el pasado”. En este poema se puede apreciar que cuando se falla en el amor todos pierden porque quedan rotos. El que no ama queda “multiplicado en mil”, pero también destruye a quien supuestamente amaba. La moraleja es que no se puede creer en el hombre, tal vez en Dios sí. La referencia a Dios está en que se cree tres veces, aunque con ironía, lo que remite a la profesión de fe en Dios,

la cual es también en tres pasos: 1) creer en Dios Padre; 2) creer en Dios Hijo; 3) creer en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, y en la vida del mundo futuro. Pero en el poema y de una manera expresa, si se trata de creer en la persona amada, eso no es posible ya, lo único que queda es creer en el olvido, con lo que se libera un vacío que puede ser ocupado por otro ser humano y por Dios.

En la tercera parte, “La esperanza a toda prueba”, es muy ilustrativo el poema 24. Quien ama hace su parte con alegría y generosidad, pero eso no garantiza que la persona amada, si es un ser humano, haga la suya. Por eso, todo amor lo es a partir de una esperanza que no se acaba a pesar de todo. En el ámbito judeocristiano se habla de tres virtudes llamadas infusas porque se reciben en germen desde el sacramento del bautismo: fe, esperanza y caridad (amor). El cristiano en los momentos de flaqueza puede pedir más de esas virtudes y se le conceden, porque el Espíritu Santo está presto. De acuerdo con dicho esquema, se comprende por qué en *Ecos* (2024) junto al amor se hace alusión al creer y a una esperanza cierta.

La esperanza cristiana es a toda prueba, pero también puede serlo la de las personas que aman de verdad. En realidad, se puede amar a Dios, a los semejantes y a la naturaleza. En estos poemas se hace alusión al amor a un semejante, es decir, a otro ser humano; aunque a partir de esquemas de origen religioso. La esperanza que tiene la persona que ama la remite al gozo del edén genesiaco, pues dice: “ESCUCHAR la armonía en el edén”. El verbo *escuchar* le sirve para expresar su disposición y apertura hacia algo nuevo y consistente. El recuerdo de la armonía propia del edén, alude a la vida feliz de los hombres antes de cometer el pecado original, a Adán y Eva, los dos que en el amor le fallan a su Creador. En realidad, se expresa que los fracasos llevan a la añoranza de la felicidad originaria, lo que anuncia un nuevo día, una vida nueva, pues la persona que ama es como un canto interminable que se eleva hacia el cielo.

Mientras, según Barthes (2016, p. 15), en un relato hay núcleos o acciones determinantes y catálisis, las cuales sirven para rellenar lo que queda entre un núcleo y otro; en el poemario *Ecos* (2024) hay versos estructurales y otros que funcionan como relleno o son explicativos hasta cierto punto. Es el caso del poema 24, en el que los primeros están llenos de esperanza: “Ver sonreír un día que no termina”, “Que la vida sea una eterna sonrisa”, “Caminar con pie desnudo sin pudor”, “Ni nubes negras que me acechen”, “Desprenderme de este cuerpo que me estorba”. Entre estos, los cuales son más largos, están los de relleno o mayor explicación: “Sin que se canse el sol”, “Una primavera insólita”, “Que los prados no se sequen”,

“Que no haya más ocaso”. La alusión al cuerpo que estorba remite a la idea sobre la naturaleza humana, o sea, a lo que es el hombre. Se ha dicho desde la antigüedad griega que en él hay cuerpo y alma. Hoy se dice que tiene dos dimensiones fundamentales: la corporalidad y la espiritualidad. No se posee el cuerpo como una cosa, pues toda la persona humana es corporal o, más bien, el hombre es espíritu encarnado, y es redimido por Cristo de una manera integral.

Mediante la frase “Y caminar hacia el silencio”, y esta: “Donde no me toquen ni me vean”, se indica la voluntad de ir más allá de lo conocido, tal vez entrar al cielo como un canto, o una melodía que se funde en la eternidad divina, lo cual es la realización de la más profunda y cierta de las esperanzas. En el fondo está la vivencia y convicción de que en este mundo no se puede encontrar el amor verdadero, ni la felicidad genuina. Por lo tanto, en el fondo de estos poemas está una concepción antropológica integral, en la que las virtudes y los valores humanos, sobre todo la libertad, cobran un valor incalculable y definitivo.

En la cuarta parte, “Anhelo profundo y amor comunicante”, brilla el poema 35. La persona que ama en un mundo que no conoce el amor puede ser que se sienta triste, vacía, como una barca que flota sin sentido alguno. Sin embargo, para Ortiz eso no es realmente el fin de todo sino un principio, ya que su amor se universaliza y sublima. Es muy propio de la persona humana el anhelar, por ejemplo, los presocráticos dejaron claro que el filósofo es el que anhela la sabiduría, y la implora ante los dioses sin cesar. Pero en este caso es la poeta quien anhela ese don divino y, además, un amor comunicante en el buen sentido, o sea, no como el que se esfuma entre las sombras.

El poema antes citado tiene un núcleo integrado por tres versos, en torno a los que todo lo demás gira. La estructura que da sentido al todo muestra la simetría entre “ser” y “nada”, por una parte, y “no ser” y “todo”, por otra. El tercer verso nuclear es “En la ontología”. Se reconoce que: “La ontología, en términos generales, se ocupa del ser, o sea, no de este o aquel ser concreto y determinado, sino del ser en general, del ser en la más vasta y amplia acepción de esta palabra” (García, 2000, p. 47). El sentido poético indica que el ser o el no ser se definen en la ontología, parte de la metafísica que en la modernidad ha importado poco o nada a los constructores de la sociedad pluralista. Pero en el amor entre el hombre y la mujer, la cuestión es ser o no ser, tanto el que ama como quien es amado se encuentran ante el compromiso de realizarse en cuanto a personas humanas que son. Por lo tanto, toda experiencia de amor edifica a la persona humana y la hace feliz, aunque haya resultados negativos al final.

También se puede decir que el ser o el no ser del hombre se definen en el uso del lenguaje. Por eso, el poeta o la poeta se realizan a sí mismos de acuerdo con su naturaleza humana, en todas sus potencialidades, mediante la poesía. En sus poemas, Ortiz plasma su vivencia interior de un amor que, en lo de ser comunicante tiene su desgracia, porque se universaliza y desvanece: “Se agota en la sombra”, “Se pierde en el tiempo”, sí, queda como tiempo vivido. Al pasar de forma vertiginosa del futuro hacia el pasado, duele un poco en la conciencia porque es un amor “Que no ve ni escucha”, “Que ignora”. Pero la autora de los poemas se fortalece al escribir, se afianza en el ser y crece como persona, descubre una nueva luz y más amplios horizontes. Dice: “Hoy tengo el llanto cerca”, “Y la tristeza como amiga”, pero descubre en ella la dureza de la piedra, que le permite contar sus penas con alegría. Su amor también es comunicante, pero en el sentido positivo, porque no tiene fin y siempre está en la disposición de darse.

Referencias bibliográficas

- Barthes, R. (2001). Introducción al análisis estructural del relato. En *Análisis estructural del relato* (pp. 7-38). Ediciones Coyoacán.
- Dávila, A. (2012). *Cuentos reunidos*. Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. (1998). *El humanismo como utopía real. La fe en el hombre*. Paidós.
- García Morente, M. (2000). *Lecciones preliminares de filosofía*. Porrúa.
- Ortiz Sánchez, M. de L. (2024). *Ecos*. Agramante.
- Ortiz Sánchez, M. de L. (2016). *Los personajes femeninos en los cuentos de Amparo Dávila. Un enfoque interdisciplinario*. Taberna Librería.
- Ortiz Sánchez, M. de L. (2024). *Sino y adversidad sociocultural en la figura femenina de los siglos XIX y XX. Exégesis de la narrativa hispanoamericana*. Fi.
- Pozo, Abejón, G. del. (2007). *La Iglesia y la libertad religiosa*. Biblioteca de Autores Cristianos.